

El Cerro y su cofradía

¿No han estado ustedes nunca, a las doce de la mañana de un Martes Santo, en El Cerro? Si nunca estuvieron, se pierden uno de los momentos cumbre de nuestra Semana Santa. Así de rotunda es mi afirmación, porque ese mediodía sólo es comparable a aquel otro, 72 horas más tarde, en que vuelven las Esperanzas a la Macarena y Triana. Cuando sale su cofradía –catorce horas y muchos kilómetros por delante- la alegría, y la emoción, bulle incontenible en el barrio, que lo es de verdad todavía, casi un pueblo, porque llevan “a Sevilla” a su Virgen de los Dolores, a su patrona. Y no importa que ante ella vaya un crucificado muerto; y no importa, tampoco, que su paso tenga un diseño clásico en bordados y flores: como no podía ser de otra manera, la cofradía es alegre, muy alegre, y el barrio se alegra, como ningún otro día al año, cuando desde la hora del desayuno se llena de capirotos granas. Y la gente se agolpa, y el sol –si hay suerte, que casi siempre la hay- hace surgir en las frentes sudores mañaneros, y las palmas se suceden, una y otra vez, cuando se mueve el pasopalio; cuando este gira, en la esquina de la parroquia, para que vean Su cara quienes están lejos, bajo los árboles de Afán de Ribera; y cuando en la letra de una saeta se nombra al Cerro y a su Virgen, que son ese día una y la misma cosa.

Yo tengo grabados muchos recuerdos infantiles del Cerro, cuando iba al barrio con mi padre, tras atravesar la pasarela sobre el Tamarguillo maloliente, desde la Gran Plaza, después de los partidos en el viejo Nervión –Busto, Guillamón, Campanal, Romero... del Sevilla de los años cincuenta-. Un primo de mi madre vivía allí, junto a su carpintería, y ella y mis hermanos más chicos nos esperaban en su casa, para volver en la noche, juntos, en el tranvía, a ser posible en la jardinera. Y desde la calle Canal, yo, que nací y vivía en la Puerta Osario, y que por eso no tenía un pueblo del que presumir, me sentía como si El Cerro fuera mi pueblo, con sus casitas de una o, a lo más, dos plantas, con sus gentes sentadas en las puertas en el buen tiempo y sus kioskos donde vendían caramelos de leche de burra. A mediados de septiembre, un domingo nos quedábamos hasta más tarde: había Velá y procesión de la Virgen. De balcones y azoteas colgaban colchas de colores y mantones, y en muchas puertas encendían focos eléctricos, que daban luz pero rompían la penumbra que a mí me gustaba.

Más tarde, fui sabiendo que muchas personas del barrio, casi todas nacidas en la Andalucía rural, eran trabajadores de Hytasa y que los problemas de la empresa de don

Prudencio afectaban no sólo a quienes trabajaban para él sino a todo el barrio. Y descubrí qué quería decir esa expresión, que no entendía bien de niño, de *barrio obrero*. Y supe de solidaridades y de luchas no sólo por salarios sino también por la dignidad y las libertades. Surgieron luego asociaciones vecinales y culturales, la peña flamenca, equipos de fútbol...; y la hermandad quiso, y consiguió, transformarse en cofradía de Semana Santa, ante el escepticismo y la sonrisa un tanto despreciativa de quienes pensaban -¿aún piensan?- que Sevilla llega, a lo más, hasta la Puerta Jerez, el Arco y la Puerta de Carmona. ¿Era sitio para una cofradía la sucesión de avenidas que van desde Hytasa a la calle San Fernando?

Ante la incredulidad de muchos, lo que no podía ser fue y desde aquel primer Martes Santo, El Cerro toma Sevilla con su Virgen de los Dolores, con sus nazarenos de todas las edades y con las familias enteras que llevan en bolsas del cortinglés, liados en papel de plata, los bocadillos necesarios para la interminable caminata. El lejano este de la ciudad se adueña simbólicamente del corazón de esta, como siglos antes hicieron, otros días de Semana Santa, la Macarena, Triana, San Julián o San Bernardo. Y hacen hoy San Gonzalo, el Tiro de Línea, Nervión y, sobre todo, El Cerro. ¿Para cuando, también, El Polígono, El Plantinar, Pino Montano o, por qué no, Tres Barrios? El que cofradías lejanas invadan el centro de Sevilla es una forma, entre otras –no la única, claro- de reivindicar el derecho a la ciudad, de mostrar la voluntad de integración social. Convendría reflexionar en esto, ahora que tan injustamente se estigma como marginales a tantos barrios, cuando este domingo de septiembre, como antes lo hizo tantas veces, la Virgen de los Dolores recorra, triunfalmente, su barrio.

ISIDORO MORENO

Catedrático de Antropología

Para *Diario de Sevilla*, 15-9-2002